LAS AGROCIUDADES MEDITERRANEAS COMO FORMA DE DOMINIO CULTURAL: LOS CASOS DE SICILIA Y ANDALUCIA (*)

ANTON BLOCK Y HENK DRIESSEN

INTRODUCCION

En la última década se ha instado en diversas ocasiones a los antropólogos interesados por el área mediterránea a que realizaran un estudio comparatvio para responder a determinados interrogantes (por ejemplo, Davis, 1977; Boissevain, 1979; Gilmore, 1982). Son ciertamente escasos los ejemplos instructivos de comparaciones sistemáticas. A pesar de haberse realizado algunos intentos para definir las características comunes de la zona, a menudo lo que se ha hecho es dar por sentadas, más que demostrar, la unidad y la homogeneidad. De hecho, el concepto de zona cultural, desechado hace tiempo, todavía está implícito

(*) La versión original en inglés de este trabajo fue publicada en: *Ethnologia Europaea*, vol. XIV (1984), págs. 11-124.

en el trabajo de mucho mediterraneístas. Como alternativa a ese enfoque, sugerimos que se recupere la noción de «campo de estudio etnológico», que significa: «área con una población cuya cultura parece ser lo bastante homogénea y singular como para ser objeto por sí misma de estudio etnológico y que, al mismo tiempo, parece presentar suficientes matices de diferencias locales para que merezca la pena realizar estudios comparativos internos» (1).

Veremos lo instructivo que puede ser comparar Andalucía y Sicilia. Ambas regiones comparten muchos rasgos, pero también difieren en aspectos importantes (2), y nos centraremos en una característica que a menudo se ha considerado distintiva de la zona.

Durante siglos, a los viajeros del noroeste de Europa les ha llamado la atención la brusquedad con que acaban las ciudades mediterráneas y comienza el campo, sensación que se acentúa por el hecho de que muchas de ellas estén situadas en la cumbre de una montaña. Estas aglomeraciones evocan a las antiguas *polis* y *civitas*. El moderno término de agrociudad, que se ha acuñado para designar a estos asentamientos compactos en torno a un núcleo, expresa con exactitud su doble carácter, pues son abrumadoramente rurales en cuanto a su base económica y, no obstante, urbanas por su tamaño, aspecto y orientación. Estos asentamientos de carácter urbano constituyen el hábitat predominante en el sur de Europa en el doble sentido de la palabra: predominan estadísticamente como lugar de residencia de la mayoría de los campesinos y trabajadores agrícolas y, al mismo tiempo, son superiores en poder y civilización (3). Así pues, no

(1) Véase De Josselin de Jong (1977 [1935]: 167/68). Esta cuestión se estudiará más a fondo en otro lugar; véase el ensayo de próxima aparición titulado «El área mediterránea como campo de estudio etnológico».

(2) Para una sugerencia de tal comparación véase el artículo crítico de Boissevain sobre la monografía de Cutileiro relativa al sur de Portugal (1974: 193).

(3) El mapa número 1 de la obra de Droving (1965: 145) ofrece un

es sorprendente que uno de los primeros intentos de delimitar una antropología del área mediterránea se centrara precisamente en esa característica fundamental (Pitkin, 1963; véase también Foster, 1960).

Las agrociudades han predominado al menos durante dos milenios en el campo. Esta extraordinaria continuidad no sólo se basó en las condiciones ecológicas y políticas, sino que estaba íntimamente ligada a los procesos económicos y culturales (véase Blok, 1969) (4).

A menudo se ha citado la importancia de un *ethos* urbano, pero nunca se ha elaborado sistemáticamente esta idea en el plano empírico o teórico. Para los habitantes de las ciudades mediterráneas europeas existen notables diferencias de orden conceptual, emocional y valorativo entre la ciudad y el campo. Lo «rural», en contraposición a lo urbano, tiene unas connotaciones decididamente negativas. Esta oposición es una categoría «émica» que desempeña un importante papel en la vida diaria. ¿Cuáles son los principales símbolos utilizados para distinguir el mundo urbano del rural? ¿Qué significa la vida en las agrociudades para los distintos grupos residentes en ellas? Comparando material etnográfico de Andalucía y de Sicilia, intentaremos demostrar que las nociones de *cultura* y *civiltà*, respectivamente, se han convertido en parte integrante del dominio cultural que las

---

resumen útil del tamaño de las poblaciones en Europa. Nótese la preponderancia de los pueblos y de las agrociudades en Andalucía y Sicilia. Las agrociudades sicilianas son, en general, mayores que las andaluzas (véase Monheim, 1969: 159/60).

(4) Las agrociudades surgieron como asentamientos amurallados en un entorno de gran inseguridad. Su principal función era la de proporcionar seguridad y autodefensa. ¿Cómo puede explicarse la pervivencia de estas ciudades tras la práctica pacificación del campo? No pueden mantenerse los vínculos causales entre las condiciones ecológicas y el tipo de asentamiento. Lo que se necesita es un análisis más matizado de la compleja interrelación de un amplio abanico de fuerzas, incluidos los procesos de orden cultural.

agrociudades mediterráneas ejercen sobre las zonas rurales que están bajo su influencia (5).

ANTECEDENTES ECOLOGICOS, SOCIOCULTURALES E HISTORICOS

Sin darle mayor importancia, se ha dicho que Andalucía es la «Sicilia española» (Marvaud, 1910: 42). Esta afirmación simple invita a la comparación sistemática. Para empezar, las similitudes ecotípicas entre las dos regiones del sur de Europa son abrumadoras (6). Los largos veranos son cálidos y secos, mientras que los inviernos son cortos y benignos. Las lluvias aparecen, sobre todo, en otoño e invierno, entre los meses de octubre y marzo. A pesar de que este clima es favorable para el cultivo de los cereales (el básico de ambas regiones), es una fuente continua de incertidumbre para los agricultores, y las carreteras, la tierra y los habitantes sufren las temperaturas extremas, la sequía y la lluvia. La topografía es parecida: pequeñas llanuras costeras rodeadas por colinas que se van elevando hasta sierras de escasa vegetación, en cuyas cimas se encuentran mesetas altas suavemente onduladas y fértiles. En conjunto, Sicilia es más montañosa que Andalucía, ya que más del 93 por 100 de su superficie total supera los 500 metros de altitud. Sus llanuras interiores, de suelo grisáceo denso, son ideales para el cultivo intensivo de cereales; son los graneros de la zona mediterránea y constituyen el marco de las agrociudades. El clima y la topografía han conducido a regímenes agrarios similares. El trigo, las aceitunas y las uvas han sido siempre la «santísima trinidad» de las llanuras interiores, pero en la economía local y regional ha desempeñado

(5) Este artículo se basa principalmente en trabajo de campo. Para más detalles y referencias bibiliográficas, véase Blok (1969) y Driessen (1981).

(6) Nuestros datos se refieren principalmente al interior del oeste de Sicilia y a las llanuras bajas *(campiña)* de Andalucía.

un importante papel una amplia gama de otros cultivos, como los de judías, garbanzos, hortalizas y frutales, aunque se produzcan en pequeñas cantidades. La producción de cereales va unida a la cría de ganado. Junto a los núcleos de población se sitúan las zonas de horticultura y arboricultura intensivas (ruedo, *corona*), y más allá de estos cinturones verdes se extienden las ondulantes tierras dedicadas a los cereales, al olivo y pastos. Ambas son zonas en las que las grandes fincas (latifundios, *latifondi*) dominan la economía local y la sociedad (7). La mayor parte de las fincas de las agrociudades son extensas, y han pertenecido, sobre todo, a terratenientes que no las cultivaban y vivían en las capitales de provincia y de distrito. Al frente de estas grandes fincas (cortijo, *masseria*) están los arrendatarios (labradores, *gabelloti*) o los administradores, y las trabajan los braceros, los arrendatarios o los aparceros. Recientemente, la emigración y la mecanización han estimulado la administración más o menos directa por parte de los empresarios burgueses. A pesar de que también ha habido reformas agrarias en ambas regiones, su incidencia en la estructura de la propiedad ha sido mínima.

Las comunicaciones siempre han sido difíciles y deficientes. A excepción de las capitales de provincia y de distrito, la red viaria (y ferroviaria) no cuenta con nudos en los que converjan las arterias principales. Las poblaciones están comunicadas de manera lineal, y hasta hace poco tiempo la comunicación sólo se realizaba con mulas o carros. Esta configuración viaria no favorece la integración de las ciudades ni la de éstas con el campo (véase Schneider, 1972). Sobre todo en la época de lluvias, la comunicación local se hace difícil, ya que los duros terrenos arcillosos impiden el drenaje y muchas carreteras se tornan arroyos embarrados.

Las agrociudades de Sicilia y Andalucía se caracterizan por su fuerte estratificación socioeconómica. La gran mayoría de la población sigue dependiendo de jornales esporádicos. Los bra-

(7) En Andalucía Occidental más del 40 por 100 de la tierra cultivable está dividida en fincas de más de 300 hectáreas (véase Maas, 1983: 89).

ceros y los *braccianti,* que es como se denomina a los peones (jornaleros), están desempleados durante largos períodos, estando dispuestos a asumir un trabajo servil y eventual. Su vida está marcada por la migración estacional y la escasez de recursos económicos. Espigan los campos tras la cosecha, recogen espárragos silvestres y caracolas, cazan furtivamente pájaros y conejos, y deambulan por las tabernas y por la plaza *(piazza).* Muchos de los jornaleros de mayor edad son prácticamente analfabetos y tienen una visión dicotómica de su comunidad: a este lado, «nosotros, los pobres, que tenemos que trabajar en la tierra», y en el otro, «ellos, los ricos, que poseen la tierra sin trabajarla». La élite local de propietarios, empresarios y profesionales mira despectivamente a los analfabetos. La gente educada se considera a sí misma portadora de la «civilización» (cultura y *civiltà*), siente desprecio por el trabajo manual y vive separada del proletariado rural. Su marco de referencia es la sociedad metropolitana, y persiguen los símbolos materiales y espirituales de ésta. Entre la élite y el proletariado existe un grupo cada vez mayor de comerciantes autónomos, agricultores, funcionarios y trabajadores especializados que trabajan duramente.

Existe una gran diferencia entre la agrociudad (pueblo, *paese*) y el campo (campo, *campagna*). Los campesinos que no residen en los centros urbanos viven en un mundo distinto, aunque en ciertos aspectos ambos mundos sean interdependientes. Los habitantes de la ciudad consideran inferiores a los campesinos. Los vocablos que se emplean para designarlos (del campo o campesino, *contadino* o *villano*) tienen connotaciones peyorativas. Los ciudadanos educados los consideran poco más inteligentes que las mulas; para ellos son «animales que hablan». La dualidad del hábitat constituido por el pueblo y el campo refleja la división existente entre las clases privilegiadas terratenientes y el proletariado rural. El rasgo más claro de esta oposición entre pueblo y campo es el hecho de que la agricultura esté controlada por el primero y dirigida a él (véase también Caro Baroja, 1963). Tanto política como administrativamente, el campo siempre ha estado

dominado por la agrociudad. Todas las funciones burocráticas y políticas se concentran en ella, por lo que sus habitantes tienen una mayor sensación de participación en la administración, en la política y en la «civilización» que las gentes del campo. Durante siglos, los habitantes de la agrociudad han monopolizado los servicios municipales. Médicos, maestros, sacerdotes, notarios y otros profesionales y funcionarios, hacendados locales, artesanos y comerciantes han vivido en los centros urbanos. Los recursos de poder están desigualmente distribuidos entre el pueblo y el campo.

Ambas regiones comparten algunos rasgos socioculturales básicos. Las concentraciones urbanas son bastante autónomas, y en gran medida se parecen mutuamente. Cada ciudad cuenta con una gama más o menos amplia de servicios y comercios. El lugar de residencia común constituye una base importante del sentimiento comunitario. El patriotismo local (patria chica, *campanilismo*) es un sentimiento fuerte en las agrociudades de Andalucía y Sicilia, que se hace evidente, sobre todo, en las relaciones de las ciudades con el mundo exterior, en los contactos de sus habitantes con los forasteros y en las fiestas mayores, como las dedicadas al santo patrón. La mentalidad localista está íntimamente ligada al *ambiente,* resultado de la confluencia de un número importante de personas marcadas por diferencias de ocupación y personalidad. Independientemente de la clase a que pertenezcan, los habitantes de la agrociudad piensan que su propia comunidad es abierta y cordial y que tiene un carácter diferenciado. Si hay un rasgo de la vida comunitaria sobre el que no se admiten críticas de los extraños, ése es precisamente el ambiente (véase también Gilmore, 1980). En las ciudades de pequeño tamaño, en las que las casas se apiñan en calles estrechas y el clima invita a la gente a salir a la calle, es muy difícil conservar la intimidad. Casi todos los lugares públicos están expuestos a una observación constante, y la sociabilidad, la espontaneidad y el esparcimiento son cualidades que gozan de gran aprecio.

Al mismo tiempo, se valoran enormemente la intimidad, la

familia nuclear y la autonomía. Los andaluces y los sicilianos se apoyan en sus familias nucleares, que son foco de fuertes lealtades. Las fronteras entre el espacio público y el privado coinciden en gran parte con los ámbitos masculino y femenino. La mayoría de los hombres sostienen que las mujeres deben ocuparse del hogar y de los hijos, y consideran sus casas como el lugar donde se come y se duerme. Los cafés, las plazas y las esquinas son los principales lugares de encuentro de los hombres. No obstante, entre los trabajadores agrícolas, la mano de obra femenina es de vital importancia para el mantenimiento del hogar. La mujer se ocupa de la economía familiar y de la educación de los hijos, y de vez en cuando sale a trabajar para ganar un jornal. La división ideal de tareas por sexos está íntimamente relacionada con el complejo del honor y de la deshonra, que concede una enorme importancia a la masculinidad.

La historia de Andalucía y de Sicilia está marcada por conquistas e invasiones sucesivas y por el sometimiento a poderes externos. En su monumental obra sobre el Mediterráneo, Braudel (1975, 1.ª parte) ha señalado la estrecha conexión existente entre esta historia de dominación y las condiciones ecológicas predominantes en ambas regiones. Los vínculos con el poder exterior han sido cruciales para el desarrollo interno de las regiones. En este sentido, existen tanto similitudes como notables diferencias entre ellas; así, desde que, a finales del siglo XV y principios del XVI, la corona castellano-aragonesa sometió a los potentados de Andalucía, que pasaron a engrosar la burocracia real, la nobleza latifundista del Sur ha formado parte de la élite centralizadora, y lo mismo puede decirse de los hacendados burgueses de los siglos XIX y XX. Desde luego, la incorporación de Andalucía al Estado español fue bastante deficiente, como claramente indican el bandolerismo endémico y el fenómeno del *caciquismo.* Italia es, a su vez, un ejemplo de la construcción tardía de un Estado. El régimen nobiliario feudal de Sicilia logró sobrevivir hasta bien entrado el siglo XIX, cuando ya en Andalucía se había realizado la transición de la agricultura feudal a la

capitalista con sus crisis ecológicas, demográficas y de poder. En consecuencia, en Sicilia, la violencia física fue un ingrediente especial de las relaciones sociales mediante las que se explotaban las *masserie:*

«De este modo, los mafiosos mantenían sometidos a los campesinos inquietos, al tiempo que abrían caminos para el ascenso de los campesinos propensos al uso de la violencia» (Blok, 1975: 75).

En Andalucía, el brazo fuerte del gobierno, la Guardia Civil, fue haciéndose cargo cada vez en mayor medida de esta tarea, en colaboración con los guardas semiprivados de las haciendas. Uno de los resultados de esta interrelación de las fuerzas nacionales y regionales fue que el problema de la inseguridad en el campo fue mucho más grave y agudo en Sicilia que en Andalucía. Además, el desfase temporal en la creación del estado y la nación y el mayor aislamiento geográfico de Sicilia con respecto al centro del poder estatal pueden ser factores importantes para explicar las diferencias socioculturales entre las dos regiones. Otra diferencia notable es que en Sicilia el pastoreo en combinación con el cultivo de cereales predominó hasta el siglo XX, mientras que en las llanuras andaluzas la cría de ganado no era tan vital para la economía regional. En la primera región existía una base material más sólida que en el sur de España para que sobreviviera el código pastoril del honor y la violencia (véase Schneider, 1971; Schneider y Schneider, 1976: 66). En el siglo XX fracasaron en ambas regiones los intentos de reforma agraria. Tras la segunda guerra mundial, el sur de Europa se constituyó en exportador a gran escala de mano de obra para la Europa industrial. En la actualidad, Sicilia y Andalucía todavía van a la zaga, social y económicamente, de otras regiones de Italia y de España.

SIMBOLOS CIUDADANOS Y EL *ETHOS* URBANO

Desde el punto de vista de la arquitectura, las agrociudades demuestran las aspiraciones urbanas de sus habitantes anteriores y actuales. La plaza *(piazza)* es el punto principal de reunión y el centro de la vida pública. Por lo general, está delimitada por los edificios municipales, el casino o *circolo civile* (centro social para hombres) —edificios de dos o tres plantas— y, a veces, la iglesia parroquial y las antiguas murallas. Entre los edificios de mayor tamaño se encuentran algunas mansiones aristocráticas, con sus escudos de armas sobre la entrada principal, construidas en los siglos XVI, XVII y XVIII. La plaza es el principal lugar de encuentro social, por el que los habitantes dan sus habituales paseos *(passeggiata)* por las tardes. Es, asimismo, el escenario principal de ceremonias y ritos. La mayoría de las actividades comerciales locales se desarrollan en las calles que nacen en la plaza. Por lo general, la proximidad a la plaza determina el valor y el atractivo de las casas, así como el ambiente de las calles. Las viviendas de la periferia de la población, que dan al campo, son las menos cotizadas. La gente muestra preferencia clara por la cercanía de los vecinos y el ruido y la animación del centro social. Las calles más cotizadas y de mayor carácter urbano están delimitadas simbólicamente por las rutas de paseos y procesiones habituales. La posesión de una vivienda permanente en la ciudad es un valor fundamental en la sociedad andaluza y en la siciliana, un ingrediente fundamental del prestigio y consideración social de la familia. Pitkin, Redfield y Pitt-Rivers, entre otros, han subrayado la falta de un apego místico a la tierra en el campesinado del sur de Europa. El contrapunto a esta actitud hacia la tierra es un apego espiritual intenso y generalizado al espacio urbano.

Existen varios rasgos físicos que separan a la ciudad del campo. Resulta sorprendente la notable diferencia entre la zona construida de las agrociudades y el campo que las rodea. Las viviendas de las agrociudades están apiñadas en calles estrechas, que forman una fachada cerrada e ininterrumpida. En las ciudades existe una mayor variedad de edificios y viviendas, hay más decoración, y la mayoría de las calles están pavimentadas y tienen aceras. Una característica fundamental del espacio urbano, en comparación con el rural, es la limpieza del primero. Un motivo arquitectónico que no se encuentra en el campo es la entrada principal de las casas, formada por dos puertas con un zaguán decorado con macetas. Incluso casas de menor tamaño responden a este modelo. En las viviendas rurales, la puerta principal da directamente a la cocina-comedor-cuarto de estar, lo que a los ojos de los habitantes de la ciudad es síntoma de atraso. Finalmente, en las aldeas y pueblos son habituales los huertos, graneros y animales, pero rara vez los encontraremos en las agrociudades. Desde el punto de vista audiovisual, el ruidoso y animado tráfico social de las calles de la agrociudad contrasta con la soledad, tranquilidad y falta de movimiento de los enclaves rurales.

El paisaje urbano constituye el escenario sobre el que se representa la vida urbana. El carácter *ethos* urbano se materializa en la cultura y en el comportamiento de las personas que viven en la ciudad. Un rasgo decisivo del *ethos* urbano es la profunda aversión hacia el trabajo físico. En la jerarquía de la consideración social de las actividades económicas, el último puesto lo ocupa el trabajo relacionado con el ganado y la tierra. El pastoreo es el menos respetable, dado que los pastores y cabreros pasan la mayor parte del tiempo en la soledad del «bárbaro» campo, apartados de la vida civilizada de la ciudad (véase Schneider y Schneider, 1976: 66). Los trabajadores agrícolas, los pequeños arrendatarios, propietarios o aparceros que poseen una vivienda en la ciudad en la que viven durante la mayor parte del año, gozan de mayor consideración que sus iguales que

viven de forma permanente en caseríos aislados o en aldeas y pueblos. El trabajo agrícola mecanizado goza de mayor prestigio que el agotador trabajo manual (8). El trabajo que se realiza en el marco urbano, como la construcción y las labores artesanales, se prefiere, por lo general, a las labores agrícolas. Los jornaleros suspiran por obtener trabajo en la construcción. En una ciudad andaluza, la creación de una industria textil en régimen cooperativo fue en parte una reacción contra el trabajo de las mujeres en el campo. El presidente, un trabajador agrícola, dijo que uno de sus objetivos principales era mantener a sus mujeres e hijas apartadas del campo, «porque las tareas del campo las afean». La división sexual del trabajo en la agricultura es menos rígida entre los habitantes del campo que en los de la ciudad. La regla general es que casi todos los trabajos físicos tienen menos prestigio que cualquier tipo de trabajo administrativo. Por encima de todo, se valora la posesión de tierras en la medida en que uno pueda permitirse que sean otros los que las trabajen.

De igual modo, los niveles de limpieza se utilizan como indicador de la categoría social, diferenciando a los que viven en la ciudad de los que lo hacen en el campo, y a los hacendados de la clase trabajadora. Los trabajadores agrícolas que viven en la ciudad comparten la opinión de la élite de que el campo es sucio y mugriento. Ya a principios de este siglo, los trabajadores agrícolas pedían condiciones higiénicas adecuadas para sus casas (véase Díaz del Moral, 1973: 392). Las quejas sobre las condiciones de vida en las fincas andaluzas se centraban en cuestiones de limpieza y bienestar físico (véase Martínez Alier, 1971: 190-191). La pulcritud de las agrociudades y casas de Sicilia y Andalucía contrastan claramente con las condiciones reinantes en los cortijos, *masserie* y aldeas. Los trabajadores permanentes del campo, que sólo acostumbraban a dormir en la ciudad una noche de cada diez, iban a ella para asearse y cambiarse de

(8) Nótese que existe una contrapartida a esta idea negativa del trabajo manual. Para los andaluces es más importante *cumplir* «la obligación de realizar el trabajo con la diligencia precisa» (Martínez-Alier, 1971: 174).

ropa. Cuando los trabajadores del campo y los agricultores regresan por la tarde de los campos, lo primero que hacen es quitarse el polvo y el olor del campo con jabón de olor fuerte y cambiarse de ropa antes de salir a dar un paseo. Tanto en Andalucía como en Sicilia, hemos observado que, al regreso de los campos, los agricultores evitaban las calles principales para no ser vistos con sus trajes de faena. Los habitantes de la ciudad distinguen con claridad tres categorías de vestimenta, a saber: de trabajo, para el tiempo libre y para las fiestas. Los criterios diferenciales son la limpieza, el color, la calidad y la moda, siendo estas distinciones mucho menos pronunciadas entre los campesinos.

Al margen de la clase social, las mujeres de la ciudad limpian sus casas continuamente, barren las calles y aceras y cuidan del aspecto de las ropas de su marido e hijos. Incluso en épocas recientes, cuando la pobreza de la clase trabajadora era extrema, hacían grandes esfuerzos para vestirse decorosamente. En sus visitas a otras casas, las mujeres toman nota del grado de limpieza.

Los concejos municipales también han desempeñado un papel activo en la fijación y respeto de estos niveles. En los dos últimos siglos, elementos rurales como los animales, el estiércol y el barro se consideraron cada vez más sucios y se desplazaron al espacio rural. Este proceso de «urbanización» del espacio construido fue parte integrante del avance de la cultura y de la *civiltà* en las agrociudades de Andalucía y Sicilia.

La capacidad de leer y escribir es otro componente importante del *ethos* urbano, y el enorme valor que se le concede en modo alguno se limita al pequeño círculo de la élite. Los movimientos proletarios de signo anarquista y socialista en Andalucía surgidos en las primeras décadas de este siglo proclamaron el valor de la alfabetización, por lo que se crearon escuelas para los trabajadores y se impartieron cursos de alfabetización en numerosas poblaciones (véase Díaz del Moral, 1973: 291; Mintz, 1982). Los trabajadores conscientes u «hombres de ideas», según

se les llamaba, constituían la vanguardia del movimiento obrero, y eran autodidactas en su mayoría. La información estadística sobre el grado de alfabetización de una población andaluza muestra que en los años veinte era doble en el centro urbano que en los asentamientos rurales. También existen indicios de que los trabajadores de la ciudad hicieron uso de la oportunidad, por pequeña que fuera, de enviar a sus hijos a la escuela primaria (Driessen, 1981: 204-205). Actualmente, las diferencias entre ciudad y campo no son tan acusadas. No obstante, los maestros siguen quejándose del alto nivel de absentismo de los niños que viven en el campo, y los hijos de los habitantes de éste rara vez reciben educación secundaria.

Los que han recibido una educación miran por encima del hombro tanto a los campesinos como a los proletarios de la agrociudad porque los consideran ignorantes analfabetos, aunque estén de acuerdo en que existen excepciones entre los trabajadores que viven en la ciudad. La educación *(educato),* la esencia de la cultura y de la *civiltà,* tiene un significado que va más allá de la educación formal o de la instrucción. Significa, sobre todo, que una persona ha adquirido unos niveles generales de comportamiento moral y cívico, e implica tener buenos modales, ser capaz de hablar con elocuencia, presentar buen aspecto, tener sentido del honor y de la deshonra, mantener la compostura, participar en conversaciones sobre temas importantes, mantener contactos con los forasteros, tener personalidad propia y ser capaz de comportarse con *formalidad,* concepto este último que coincide parcialmente con el de educación, y que significa corrección, honorabilidad, autodisciplina, capacidad de control de las propias emociones y sentido de la dignidad. Aunque una persona puede adquirir *educación, formalidad* y *cultura* mediante el aprendizaje, las personas educadas sostienen que influye enormemente la herencia.

Ante todo, estos conceptos se utilizan como líneas divisorias de carácter ideológico entre la ciudad y el campo. A los ojos de los habitantes de la ciudad, en particular de la clase privilegiada,

los que viven en el campo son gentes inferiores que «no tienen *cultura»;* se dice que los campesinos no tienen *civiltà,* buenos modales, refinamiento ni una conducta distinguida. La lentitud de palabra y la cortedad de ingenio de las gentes que viven en el campo son elementos reiterados en los chistes sobre campesinos. Se dice que carecen del barniz de la civilización (véase también Pitt-Rivers, 1971: 105). Para un forastero, estas imágenes de los campesinos pueden parecer exageraciones, y de hecho son estereotipos. No obstante, lo importante es que los habitantes de las agrociudades *perciben* estas diferencias entre la ciudad y el campo, pues son parte del dominio simbólico que la ciudad ejerce sobre el campo. Los trabajadores agrícolas se expresan con menor crudeza. Afirman que la vida en el campo es aburrida, que allí no pasa nada, lo cual es también un juicio sobre sus habitantes. Los trabajadores son conscientes de la falta de prestigio de las tareas agrícolas, y creen que saber leer y escribir y la *cultura* son algo bueno en sí mismo, por lo que alientan a sus hijos para que estudien.

Los que componen la élite, a quienes se concede el tratamiento de *don,* se refieren a su propio grupo como «nosotros, la gente educada», o «nosotros, los que tenemos cultura». Pertenecen al casino o *circolo civile,* club social para hombres situado generalmente en la plaza mayor. Las familias de agricultores que eran «demasiado rústicas» no podían ser socios de estos centros sociales (véase Schneider y Schneider, 1976: 151). Al final del siglo pasado se fundaron en la mayoría de las grandes ciudades de Andalucía *casinos* que se convirtieron en bastiones de los intereses locales, tanto agrícolas como comerciales, y constituyeron el escenario en el que se desarrollaba la política local. Situados en el corazón de la ciudad, eran el centro de gravedad de la vida urbana y el santuario local de la «civilización». Eran terminales de comunicación con el mundo exterior, y el único lugar semipúblico donde se leían periódicos. En ellos fue donde se instalaron el primer teléfono, la primera radio y el primer televisor. En su moderno salón, decorado con lujosos sillones, alfombras y

grabados, se servían los mejores vinos. Allí, los caballeros comentaban la política local y nacional. Los casinos y *circoli* representaban a la ciudad en el mundo exterior. Allí se recibía a las autoridades civiles y se llevaban a cabo importantes transacciones comerciales ante un vaso de jerez. Desde principios de la década de los sesenta, cada vez se fue admitiendo en estos círculos a más miembros de la creciente clase media (comerciantes, burócratas y trabajadores especializados). Los que ascienden en la escala social encuentran baratas las cuotas de inscripción y anuales por pertenecer a este lugar civilizado *par excellence.*.

La cultura y la *civiltà* se exhiben y confirman de manera continua en una atmósfera de intensa sociabilidad diaria en el casino, los cafés, la *piazza* y las asociaciones voluntarias. La «civilización» se expresa mediante el deseo de vivir en la densidad de la ciudad, en la pasión del bullicio y de la acción humana, en las conversaciones y en los debates, en la preferencia por la vida urbana sobre la vida rural (9). Esta atmósfera general separa a la agrociudad del campo que la circunda. El ambiente de la ciudad es una de las razones por las que pequeños agricultores, arrendatarios y jornaleros prefieren la vida de la ciudad a la del campo. En su opinión, la vida del campo está exenta de los placeres que proporciona la relación social intensa. El aliciente principal de vivir en una agrociudad es participar del brillo de la vida civilizada. En este sentido, los hacendados y las clases trabajadoras son interdependientes en lo que se refiere al fomento y la intensificación del ambiente de su ciudad. Aunque los que viven en la agrociudad y carecen de tierras no pueden satisfacer todos los requisitos de una forma de vida «civilizada», participan de ella de manera indirecta y comparten su ambiente.

Antiguamente, vivir en el campo como jornalero o campesino no reportaba ninguna ventaja adicional que compensara la

(9) Ultimamente se ha puesto de moda entre los nuevos ricos de las agrociudades comprarse un *piso* (apartamento) en la Costa del Sol o en una de las capitales de provincia. Una tendencia muy reciente entre los ricos de la capital es poseer una casa de lujo en el campo.

falta de ambiente, y era difícil convertirse en trabajador permanente en una finca, y obtener así, al menos, la seguridad del pleno empleo. Tampoco servían de estímulo las condiciones inestables de los contratos de arrendamiento y aparcería. Las malas cosechas podían arruinar fácilmente a un minifundista, y, aunque era cierto que en el campo había algo más que comer, un minifundista tenía que trabajar todavía más que un jornalero. Los empleadores explotaban a sus peones, pero un arrendatario o un aparcero se explotaba a sí mismo (y a los miembros de su familia) incluso más por un poco más de pan, aceite y garbanzos en años buenos. A los ojos de los trabajadores, este trabajo tan duro no proporcionaba una vida digna, y en el campo no había sino un trabajo sucio intenso y agotador. Por esta razón, muchos arrendatarios y aparceros seguían viviendo en la ciudad y se desplazaban a diario de ésta a los campos. Los que tenían cultivos que requerían un trabajo intensivo, solían construirse pequeñas cabañas de paja como vivienda temporal.

Esta actitud hacia la tierra y la vida rural tiene raíces históricas profundas. Cuando en la segunda mitad del siglo XVIII los ministros reformistas de Carlos III de Espala elaboraron un plan para colonizar los eriales de las zonas altas de Andalucía a fin de combatir el bandolerismo y estimular la agricultura, creando un campesinado intermedio independiente que viviera cerca de la tierra o en ella, consideraron que los campesinos y jornaleros locales no servían para este proyecto y, en su lugar, reclutaron a miles de colonos flamencos y bávaros acostumbrados a vivir en un hábitat disperso (véase Caro Baroja, 1957: 205-233). Una de las razones de que las autoridades no pudieran descentralizar los núcleos profesionales en Sicilia y de los campesinos vivieran en el campo, fue precisamente esa preferencia de los campesinos por la vida social de la agrociudad (véase Blok, 1966: 10-12).

La intensa sociabilidad de las agrociudades está relacionada con la situación económica y política. En el caso de los trabajadores agrícolas esta sociabilidad es, entre otras cosas, producto de la solidaridad frente a la dureza del desempleo y la situación

política. Estando en las calles y en la *plaza* se puede obtener información sobre oportunidades de trabajo, jornales, precios, trabajillos esporádicos, información toda ella importante cuando el trabajo es escaso y fragmentado. De este modo también es más fácil para un hombre controlar el comportamiento de las mujeres de la familia, algo muy importante para el mantenimiento de su honor. Los lazos de amistad y de parentesco son esenciales para conseguir información. La comunicación entre gran cantidad de personas es fácil en las poblaciones, pero difícil en el campo. En Andalucía, la *unión* espontánea (solidaridad) de los jornaleros funcionó a modo de mecanismo para mantener o elevar los jornales y para reducir el desempleo en una época en la que se reprimía la sindicación de los trabajadores (véase Martínez Alier, 1971: 145). El hábitat compacto facilita la creación y el mantenimiento de cohesión entre los trabajadores. Como miembros de una comunidad urbana, los trabajadores pueden reclamar servicios comunitarios y ayudas de la beneficencia con mayor facilidad que los que viven en el campo. Finalmente, su lugar de residencia lo utilizan como símbolo de dignidad y superioridad con respecto a sus iguales residentes en el campo y obtienen cierta autoestima al saber que por debajo de ellos todavía existe una categoría inferior de personas.

Para la élite de terratenientes y profesionales, la agrociudad es el centro donde confluyen los hilos del control y la influencia, el lugar donde pueden disfrutar de una vida «civilizada», libre de trabajo manual. El aspecto social es parte esencial de la forma de vida de la élite y constituye el marco de referencia para sus afirmaciones de superioridad con respecto a los que tienen que trabajar en la tierra.

Para poder comprender la repercusión que tiene la forma de vida urbana en las agrociudades es fundamental que se entienda la interdependencia que existe entre las distintas clases de personas que viven en ellas. Siglos de inseguridad rural unieron a la comunidad que vivía intramuros.

Además, el medio de vida de los campesinos y los trabajado-

res agrícolas dependía de la élite local. Esta dependencia se elevó a la categoría de rito en la institución del padrinazgo y otras formas de producción. Se expresaba también en las obras de caridad que realizaba la élite. A pesar de que ésta dependía a su vez de la gente corriente para la realización de distintos trabajos y servicios, la relación era, en general, muy desigual. Los trabajadores y campesinos, dependientes desde el punto de vista material, tenían que tener en cuenta las susceptibilidades de la élite en lo relativo a los modales. La élite utilizaba el trabajo de la gente corriente para mantener una forma de vida en la que se denigraba el trabajo manual de manera ostensible y se tachaba de incivilizado. Dado que la élite controlaba los hilos del poder, los trabajadores estigmatizados no sólo no replicaban, sino que llegaban a convencerse de que el trabajo manual era degradante. Intervienen aquí dos mecanismos característicos de los «modelos establecido-intruso» (véase Elías y Scotson, 1965: 101/2, 152/3). Las élites de la agrociudad (los «establecidos») reclaman y consiguen una consideración social superior a la de la gente corriente (los «intrusos»), que tiene su origen en el control que ejercen sobre su medio de vida, pero no se verbaliza en términos de mayor «cultura» *(civiltà)*. Lo mismo ocurre en sentido objetivo, ya que el código de conducta de la élite reclama un mayor grado de autodominio *(formalidad)*. Aunque los campesinos y trabajadores no pueden alcanzar el alto nivel del código de la élite, se identifican con su estilo de vida y tratan de imitarlo (véase Redfield, 1960: 73). Miran por encima del hombro a los habitantes del campo (los verdaderos intrusos), que están incluso más lejos del centro del poder y de la «cultura». Sostenemos que la pacificación de la vida detrás de los muros de las agrociudades y las interdependencias concretas de las personas que comparten el mismo espacio favorecieron el desarrollo de un *ethos* urbano que sirvió de modelo de comportamiento. Los modales ceremoniosos y el lenguaje y los rituales complejos contribuyeron a su vez a minimizar los conflictos derivados de la fuerte estratificación socioeconómica.

Al concentrar nuestra atención en el dominio cultural hemos adquirido conciencia también de las importantes oposiciones complementarias que existen en las sociedades andaluza y siciliana. Estos contrastes enfrentan lo culto y lo inculto, lo humano y lo animal, lo pacífico y lo violento, la limpieza y la suciedad, el ocio y el trabajo y la capacidad o no de leer y escribir. Todos estos contrastes, cada uno de los cuales puede considerarse como una transformación de la oposición entre lo urbano y lo rural, se solapan en la *corona* o el *ruedo* y están mediatizados por ellos. Esta zona que bordea las agrociudades se diferencia claramente del campo en cuatro aspectos importantes: parcelas de tamaño medio y pequeño frente a latifundios bastante homogéneos; cultivos intensivos frente a cultivos extensivos; cultivos múltiples frente al monocultivo, y propietarios residentes frente a propietarios absentistas. El *ruedo* o *corona* es un espacio de transición, a la vez urbano y rural, pero que no es ni una cosa ni la otra. Algunos otros fenómenos dan fe de su liminalidad: se trata de un lugar en el que nos encontramos a parejas de novios paseando (sin carabina), a gente no campesina ocupándose de sus cultivos y a las mujeres trabajando en el campo. Además, esta zona intermedia es el punto de comunicación con el otro mundo, pues es aquí donde encontramos el cementerio y los santuarios, donde los seres mortales se comunican con los inmortales, donde los santos median entre el cielo y la tierra. Finalmente, algunas procesiones pasan por esta zona. Todas estas dimensiones liminales de las agrociudades son dignas de estudio.

CONCLUSION

La arquitectura, las actitudes hacia el trabajo, la capacidad de leer y escribir, la formalidad, la limpieza, los modales refinados y el ambiente son todos fenómenos ya examinados en el epígrafe anterior y que configuran la *civiltà* y la *cultura*. Estas concepcio-

nes locales plasman ideas sobre una forma de vida civilizada que pueden resumirse en nuestro concepto de *ethos* urbano, que expresa el dominio cultural de las agrociudades sobre las zonas rurales circundantes. Dentro de las agrociudades, una minoría pretende ser más civilizada que la mayoría, que de vez en cuando tiene que abandonar el espacio civilizado para ganarse el sustento trabajando la tierra. Así pues, el carácter distintivo urbano es asimismo una ideología que justificaba y reforzaba la posición de la élite terrateniente y profesional.

La emigración en la posguerra de miles de habitantes de las agrociudades reforzó y aumentó paradójicamente la conciencia de la gente de su *ethos* urbano. Mientras que en los montes de Andalucía y Sicilia se ha destruido el ambiente de las pequeñas poblaciones debido a la marcha de un número excesivo de sus habitantes; la mayoría de las ciudades de las llanuras han mostrado una mayor resistencia, aunque muchas de las familias de jornaleros siguen al borde de la miseria. En la década de los años setenta las inversiones procedentes de subsidios estatales y del dinero enviado por los emigrantes han repercutido en el ambiente de estas comunidades: han renovado calles y viviendas y se han creado nuevas asociaciones de carácter voluntario. También se han realizado inversiones importantes en proporciones ceremoniales.

Por tanto, el *ethos* urbano actuó a modo de imán social que impidió que la mayoría de los campesinos y jornaleros se dispersaran por el campo, de la misma manera que en la actualidad contribuye a la viabilidad de pequeñas ciudades en el campo, en una era de emigración masiva.

NOTA FINAL

Desearíamos llamar la atención sobre el magnífico libro publicado por Keith Thomas relativo al cambio de las ideas imperantes con relación al mundo natural en la Inglaterra de princi-

pios de la era moderna. Sostiene que el crecimiento de las ciudades industriales condujo a una nueva apreciación del campo y demuestra que un control cada vez mayor del mundo natural y una dependencia decreciente de la tracción animal y de la agricultura, como medio de vida, dio origen a una sensibilidad nueva en los habitantes de las ciudades con respecto a los paisajes, los árboles, las flores y los animales. Este estudio puede constituir un ejemplo significativo de investigación comparada sobre las actitudes hacia la naturaleza, la tierra y los animales en las agrociudades mediterráneas. Es importante subrayar que, a diferencia de las ciudades de las que trata el libro de Thomas, el presente trabajo se refiere a las agrociudades, muchos de cuyos habitantes dependen en gran medida de la agricultura y, por ende, de los caprichos de la naturaleza. Este distinto grado de dependencia explica en muy buena medida diferentes sensibilidades con respecto al entorno natural.

RESUMEN

Como forma predominante de asentamiento, las agrociudades son muy características de las sociedades mediterráneas. Su extraordinaria continuidad no sólo fue producto de las condiciones políticas (inseguridad), sino que tuvo una íntima relación con procesos concretos de orden económico y cultural. A menudo se ha hablado de la importancia de un *ethos* urbano en la configuración de dichas fuerzas, pero todavía siguen planteados algunos interrogantes. ¿Qué significa la vida en las agrociudades para los distintos grupos de personas residentes en ellas? ¿Cuáles son los principales símbolos empleados para distinguirse de los campesinos? En el presente artículo sostenemos que las nociones de *cultura* y *civiltà,* respectivamente, han llegado a ser parte integrante del dominio cultural de las agrociudades mediterráneas sobre su contexto rural.

BIBLIOGRAFIA

BLOK, A.: «Land Reform in a West Sicilian Latifondo Village. The Persistence of a Feudal Structure». En: *Anthropological Quarterly,* 39 (1966): 1-17.

BLOK, A.: «South Italian Agro-Towns». En: *Comparative Studies in Society and History,* 11 (1969): 121-136.

BLOK, A.: *The Mafia of a Sicilian Village 1860-1960. A Study of Violent Peasant Entrepreneurs,* Nueva York, 1969.

BOISSEVAIN, J.: «Review Article of Cutileiro's A Portuguese Rural Society». En: *Bijdragen tot de Taal-, Land-, en Volkenkunde,* 130 (1974): 190-194.

BOISSEVAIN, J.: «Towards a Social Anthropology of the Mediterranean». En: *Current Anthropology,* 20 (1979): 81-94.

BRAUDEL, F.: *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II,* Glasgow, 1975, 2 vols.

CARO BAROJA, J.: «Razas, pueblos y linajes». En: *Revista de Occidente,* 1975.

CARO BAROJA, J.: «The City and the Country: Reflections on Some Ancient Commonplaces». En: J. Pitt-Rivers (ed.), *Mediterranean Countrymen. Essays in the Social Anthropology of the Mediterranean,* París/La Haya, 1963: 27-40.

DAVIS, J.: *People of the Mediterranean. An Essay in Comparative Social Anthropology,* Londres, 1977.

DE JOSSELING DE LONG, J. P. B.: «The Malay Archipelago as a Field of Ethonological Study (De Maleische archipel als ethonologisch studieveld)». En: P. E. de Josselin de Jong (ed.), *Structural Anthropology in the Netherlands,* La Haya, 1977 (1935).

DÍAZ DEL MORAL, J.: *Historia de las Agitaciones Campesinas Andaluzas—Córdoba,* Madrid, 1973.

DOVRING, F.: *Land and Labor in Europe in the Twentieth Century. A Comparative Survey on Recent Agrarian History,* La Haya, 3.ª ed., 1965.

DRIESSEN, H.: *Agro-Town and Urban Ethos in Andalusia.* Nijmegen [Centrale reprografie. Katholieke Universiteit], 1981.

ELIAS, N., & SCOTSON, J. L.: *The Established and the Outsider. A Sociological Enquiry into Commuity Problems,* Londres, 1965.

FOSTER, G.: *Culture and Conquest: America's Spanish Heritage,* Nueva York, 1960.

GILMORE, D. D.: *The People of the Plain. Class and Community in Lower Andalusia,* Nueva York, 1980.

GILMORE, D. D.: «Anthropology of the Mediterranean Area». En: *Annual Review of Anthropology,* 11 (1982): 175-205.

MAAS, J. H. M.: «The Behavior of Landowners as an Explanation of Regional Differences in Agriculture: Latifundists in Sevilla and Córdoba (Spain)». En: *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie,* 74 (1983): 87-97.

MARTÍNEZ-ALIER, J.: *Landowners and Labourers in Southern Spain,* Londres, 1971.

MARVAUD, A.: *La Question sociale en Espagne,* París, 1910.

MINTZ, J. R.: *The Anarchists of Casas Viejas,* Chicago/Londres, 1982.

MONHEIM, R.: «Die Agrostadt im Siedlungsgefüge Mittelsiziliens». En: *Bonner Geographische Abhandlungen,* 41 (1969).

PITKIN, D. S.: «Mediterranean Europe». En: *Anthropological Quarterly,* 36 (1963): 120-130.

PITT-RIVERS, J. A.: *The People of the Sierra,* Chicago, 2.ª ed., 1971.

REDFIELD, R.: *The Little Community and Peasant Society and Culture,* Chicago, 1960.

SCHNEIDER, J.: «Of Vigilance and Virgins». En: *Ethnology,* 9 (1971): 1-24.

SCHNEIDER, P.: «Coalition Formation and Colonialism in Sicily». En: *Archives Européennes de Sociologie,* 13 (1972): 255-268.

SCHNEIDER, J. & SCHNEIDER, P.: *Culture and Political Economy in Western Sicily,* Nueva York, 1976.

THOMAS, K.: *Man and the Natural World. A History of Modern Sensibilities,* Nueva York, 1983.

II. ASPECTOS METODOLOGICOS